

# EL ASESINO ESTA ENTRE NOSOTROS

**N**o hay decisiones sobre una eventual intervención norteamericana", aclaró con inseguridad el vocero de la Casa Blanca, el viernes pasado. El portavoz del Pentágono, entretanto, confirmaba que "se tomaban medidas de precaución". En rigor, la VI Flota se movilizaba hacia Jordania. *Izvestia*, órgano del Kremlin, prevenía: "Cualquier intento de ingerencia dará como resultado una agravación del conflicto, lo que podría desbordar las fronteras del país". Si esta advertencia no era suficiente, los guerrilleros amenazaron con "arrasar vidas y bienes norteamericanos en Medio Oriente, si estos deciden intervenir en Jordania".

El mismo día, la Cancillería francesa exigió que ninguna de las dos potencias se mezclara en el asunto. Nadie le hizo caso. Irak y Siria se declaraban a favor de los *jeddayins*; Nasser, con la fidelidad de Libia y Sudán, omitía definirse, trataba de apaciguar los ánimos. Sin embargo, en Jordania se masacraba a los palestinos, ese pueblo que ya puede comparar su persecución a la de los judíos. No había tiempo de contar los muertos —superaban con holgura el millar—, y urgentes telegramas reclamaban médicos y plasmagmas sanguíneos de la Cruz Roja. ¿Qué pasaba?

A principios de setiembre, una banda sorprendió a balazos el automóvil real. Los negocios comenzaron a cerrar sus puertas; niños y mujeres corrían a refugiarse a sus hogares. El Ejército entra en acción; Amman estaba en guerra. La artillería apuntó hacia los reductos de los comandos, y a pesar del fuego graneado se produjeron escasas bajas.

Sin embargo, la paciencia de Hussein —o de los militares— se había agotado; se vaticinan horas más trágicas.

El *modus vivendi* parece imposible. Además, Irak —que mantiene fuerzas hacia el norte de la capital— incita al bando palestino. A través de Mashour Haditha, ascendido a Jefe del Estado Mayor, popular entre los *jeddayins*, el

Rey trata de llegar a un acuerdo. Pero una gota de agua desbordaría el vaso.

Entre el 6 y el 8, el Frente Popular de Liberación Palestina capturó cuatro aviones con su correspondiente pasaje; luego les pega fuego y retiene a 54 rehenes.

Egipto proclama: "No se puede arriesgar los esfuerzos por la paz en manos de un grupo rebelde". Hasta el Irak recomienda calma: "Los hechos invitan a la intervención norteamericana". Israel, por su parte, asegura que tomará represalias. Nada hace cambiar la opinión de los comandos: "Hemos cerrado la puerta a cualquier clase de negociaciones". En Jordania renuncia el Primer Ministro Moneim Rifai; Hussein le entrega el cargo al brigadier Mohammed Daud, 50, un ex oficial de enlace, y nombra al teniente Habers Majali comandante en jefe del Ejército. Otros diez jefes militares respaldan la nueva estrategia: liquidar a los guerrilleros.

Se declara la ley marcial y el monarca habla de defender la "existencia nacional"; las 11 principales organizaciones guerrilleras se unifican tras Yasser Arafat.



Arafat: De repente, en otra guerra.

"El cambio de Gobierno tiene el propósito de actuar contra la causa palestina; se ha roto el pacto", afirma Al Fatah. Los refugiados anuncian una huelga general; todos los negocios cierran, las calles están desiertas y en los barrios marginados se construyen trincheras. Daud exige que los milicianos entreguen sus armas; éstos se niegan.

A las siete de la tarde del 16 se cortan las comunicaciones con Amman.

Radio Damasco denuncia "un complot contra los comandos"; luego pide a las fuerzas progresistas que "bloqueen el avance de las autoridades mercenarias de Jordania". Promete apoyo, pero la única pólvora está en las palabras. A la medianoche, Hussein ordena que sus tropas se dirijan hacia el centro de la capital, donde se encuentran las bases de los *jeddayins*.

A las tres de la madrugada del 17, los militares abren fuego.

El Ejército cuenta con 55 mil hombres, bien adiestrados y cubiertos por tanques Centurión y Patton; también los protegen una docena de aviones Hunters. Menos disciplinados, los guerrilleros oscilan entre los 20 y los 30 mil voluntarios; sólo tienen armas cortas y jeeps como vehículos de transporte. Comienza una lucha desigual.

Se decreta la pena de muerte; clausuran el aeropuerto; en Londres, la esposa de Hussein, la Princesa Muna, y sus cuatro hijos lloran sin cesar.

Hay combates en Zarka (20 kilómetros al noroeste de Amman, en Salt (25 al nordeste); en Amman pelean casa por casa, caen edificios íntegros.

La radio oficial admite: "Hay sectores que siguen en manos de irregulares". Los comandos promueven la desertión: "Es el enemigo sionista quien trata de separarnos".

Arafat solicita la intervención de Nasser; Irak ordena a sus tropas "respaldar la causa palestina". Nadie escucha los pedidos ni las órdenes.

En casi todas las capitales árabes, grupos de universitarios y guerrilleros vocacionales apedreaban y copaban las Embajadas de Jordania. Un plagio a la actitud de Siria e Irak, que empujaron verbalmente a las hordas palestinas retaceándoles el apoyo. Claro, se imaginan que si el régimen hachemita llegara a peligrar, impecables brigadas de paracaidistas norteamericanos impedirían el triunfo guerrillero. También una desagradable ocupación judía. La URSS, entretanto, haría una formidable cosecha publicitaria.

El saltimbanqui Hussein ha debido traicionar a su pueblo; es una tradición familiar: en 1948, su abuelo Abdullah se repartió el territorio palestino en connubio con Israel. ⊕